

SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE.



MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1884

SOCIEDAD COLOMBINA

ONUBENSE.



MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1884

HUELVA.

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJOS DE MUÑOZ.
CALLE PLACETA, NÚMERO 6.

1885

CRISTÓBAL COLÓN

EL HÉROE DEL CATOLICISMO.

LEYENDA HISTÓRICA

POR EL PRESBITERO

Dr. DON BALDOMERO DE LORENZO Y LEAL.

MISIONERO APOSTÓLICO.

*¿Qui sunt isti qui ut nubes volant
et quasi Columbae....?*

ISAI. LX. 8.

INTRODUCCIÓN.

Al empezar los grandes siglos de civilización y de progreso, y á manera de grandiosa portada de una nueva era de adelantos, invenciones y descubrimientos; entre los albores de los tiempos modernos y entre las agonías de un mundo que se desmoronaba, y era la Edad Media, encontramos una figura radiante y hermosa, digna de la adoración y del respeto que se le rinde por su misión divina y porque sintetiza y reúne en sí las glorias y virtudes de los siglos que antecedieron, y todo cuanto de memorable, magnífico y sublime constituye la grandeza de los siglos

que transcurrieron después. Tal es Cristóbal Colón, cuya grandiosa imágen se destaca allá en las postrimerías del siglo XV, llega hasta nosotros, y atravesará el espacio de todos los siglos, hasta las eternidades sin fin. Parece le vemos surgir del fondo de los mares; su nombre significa un Mundo más en la Tierra; él lo descubrió tras las ondas del Océano inmenso, trayéndole á remolque de sus carabelas al concierto universal.

Cristóbal Colón es como el ocaso de la Edad Media que concluía, y á la vez, la aurora hermosa de la Edad Moderna que empezaba; pero él goza de todas las virtudes antiguas, sin estar manchado con ninguno de los vicios que se conocieron después. Él es el perfecto caballero y el perfecto cristiano, el sencillo creyente y el Apóstol Providencial; y nunca cupo dentro de su alma nobilísima la indiferencia religiosa, la incredulidad, ni ninguna de esas grandes aberraciones que torturan la mente del hombre moderno; y cosa extraña, hombres que desconocen los dulces y purísimos sentimientos que solo inspira la religion católica, pretenden darnos á conocer al que solo vivía alentado por el espíritu del catolicismo, que fué quien le dió fuerzas para luchar y vencer contra toda suerte de obstáculos en la tierra, contra toda clase de borras-

cas en los mares,⁽¹⁾ y más fácil cosa es que pretendiera escribir sobre las armonías de los mundos en el espacio, el que, privado de luz en sus ojos, jamás hubiese contemplado los brillantes fulgores de los astros, que no el querer describir la vida admirable del Apóstol de Jesús, quien no ha disfrutado los dulces consuelos que la religión derrama en el alma, ni la deliciosa saludable vida que ella comunica al espíritu.

Colón considera que el asombroso pensamiento que su alma agita y que sirve más tarde para desenterrar un Mundo, le ha sido inspirado por la Trinidad Santísima,⁽²⁾ á voz en grito, en uno de los momentos más sublimes de su vida, cuando en el puerto de Palos daba á sus carabelas la orden de marchar, al empezar aquel viaje prodigioso que jamás se borrará de la memoria de los hombres, publica que lo hace en nombre de Jesucristo, y en nombre de Jesucristo sus naves se ponen en movimiento, desliziándose veleras sobre la superficie de las aguas. El sím-

(1) *La cual razón me descansa y hace que yo non tema peligros, etc.*—*Carta del Almirante á Su Santidad*. Febrero, 1502.—Docum. diplom. n.° CXLV.

(2) CRISTÓBAL COLÓN.—*Ansí que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable á que era hacedero navegar de aquí á las Indias.*—*Libro de las Profecías*, fol. IV.

Y en el *Prólogo de la relación del tercer viaje dirigida á los Reyes*, dice: *Partí en nombre de la Santísima Trinidad y volví muy prontamente con la prueba en las manos de todo cuanto habia anunciado.*

bolo de la Redención enarbolado en el navío Almirante, el nombre de Santa María que ostenta este navío, el reglamento á que se somete la tripulación de saludar todas las tardes á la Estrella de los mares, los nombres que reciben las tierras que primero descubrieron, San Salvador y la Concepción, y así sucesivamente, todos los actos de la vida de este hombre incomparable, van señalados con otros tantos hechos de fervor religioso. Pues bien, Washington Irving y Humboldt nos han querido describir la vida de este héroe de la religión, y nos pintaron un hombre, pero un hombre vulgar con defectos y debilidades; porque no supieron concebir al hombre extraordinario, al hombre providencial, gloria y ornato del catolicismo y orgullo del linage humano.

Además, tan grande como fué la empresa de Colón, tan grande fué también la saña y envidia de sus enemigos, quienes le combatieron antes y después de su muerte, de un modo que pone espanto en el pecho del hombre menos pensador; mas la posteridad, desterrando á la luz de la crítica las densas nubes con que osaron anublar su gloria, presenta hoy radiante y magnífica esa colosal figura, que cuanto más se la contempla, más se la admira, y siempre se la descubren nuevos rasgos y nuevas perfecciones, como nuevos encantos se encuentran sin cesar

en la contemplación de la naturaleza, y nuevos brillantes rayos en los soles que nos alumbran.

Contribuirá muy mucho á fomentar estos estudios de reconstitución en la vida del inmortal marino la SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE, que, guiada por los más altos sentimientos patrióticos, conmemora cada año con públicos certámenes el fausto acontecimiento de la salida del ínclito Colón del puerto de Palos, página preciosa de la historia patria, que circunda de brillante aureola la frente bendita de la madre España.

Nosotros pretendemos en este humilde trabajo estudiar á Colón tal como él se nos presenta, según sus actos, sus escritos y su misión divina, dejando á un lado las reglas impertinentes de la filosofía de la historia, pues estas, en todo caso, nos podrán servir para explicar la vida de Rousseau ó de Voltaire, de Murat, Lutero ó Nerón, ó de cualquiera de los monstruos que han llenado el mundo de asombro con su inmoralidad y atrocidades; pero nunca pueden explicar los hechos prodigiosos del varón justo y recto que enderezó sus actos según las leyes eternas del bien y de la justicia. Deseamos que la madre Iglesia coloque á Colón en el número de sus santos.

Empresa árdua es por cierto tratar en pequeño espacio de hombre tan grande, que con solas tres carabelas

trajo á remolque un Mundo, derramó torrentes de civilización en sus vastas campiñas y selvas vírgenes, y colocó la Cruz del Gólgota en millares de corazones que la desconocían.

¡Gloria á Colón! ¡Loor eterno á su memoria!



CAPÍTULO I.

La Rábida.—Fr. Juan Perez de Marchena.—Una visión.
Un mendigo.

I.

De aspecto humilde, pero de importancia altísima, arrullado siempre por las aguas de los mares, y por el murmullo con que se saludan los rios Tinto y Odiel, en el punto mismo donde se juntan, para verificar unidos su entrada en el mar, levántase el Convento de Santa María de la Rábida, orgulloso y ufano de que la gloria de su nombre no proviene de lo admirable y rico de su fábrica, sino de las grandes ideas que allí se acogieron con nobleza y entusiasmo, y no se abandonaron hasta verlas realizadas con asombro de los hombres en todos los siglos.

Levántase el convento sobre una lengua de tierra, especie de península, defendida por la parte de las aguas por una pendiente áspera y ruda, y sus contornos, de una vegetación tan frondosa y lozana, en la época á que nos referimos, que las palmeras gigantescas y corpulentos pi-

nos, los limoneros y romerales, los naranjos y los almendros le ocultan en el espeso bosque que forman, y solo le dejan ver por la parte del mar.

Por su posición topográfica es de los edificios mejor situados que se pueden visitar, á media legua escasa de Palos, en la misma ria de Huelva, á una legua de frente de esta ciudad. Desde los miradores del convento, especie de observatorio astronómico, se divisan casi todas las poblaciones de la provincia; por el Poniente, hasta Portugal; hasta Sanlúcar de Barrameda, por el Oriente; por el Sud, la vista se extiende por el Océano hasta que se confunde con el cielo. Algunos paredones, como resto de fortificación antigua, forman parte del convento, los cuales, al par que manifiestan los distintos objetos que ha tenido este edificio, señalan también uno de los puntos de avanzadas en tiempos de guerra. Por su proximidad al mar, seria en los últimos tiempos de la reconquista el atalaya de los cristianos, pues en ella empezaban las llamadas *Costas de Castilla*, que iban á concluir en el vecino reino de Granada. Más tarde sirvió también de vigía en contra de los corsarios berberiscos.

Bajo el punto de vista artístico, no ofrece belleza alguna; se compone de una masa informe; diversas adiciones hechas en distintos tiempos sin orden ni simetría, ma-

nifiestan que se atendió más á las necesidades que reclamaban el ensanche que á la unidad del edificio; por esto lo mismo se vé un arco que quiere terminar con la esbelta ojiva que otro que casi cierra en herradura. En todo él reina la pobreza; allí, como hemos dicho, no se admira la obra del arte, sino el poder de la inteligencia; la historia ha sido con él más pródiga que la arquitectura, y sus recuerdos del pasado son tan gloriosos, que el solo nombre de Santa María de la Rábida despierta el entusiasmo en el pecho de todo hombre, máxime si es español, más aún si nació al otro lado de los mares. La Rábida es la madre del nuevo mundo.

Desde la más remota antigüedad, su bosque fué consagrado á la religión: la diosa *Proserpina* recibió allí culto; los árabes la llamaron ermita, de cuya voz *Rapta*, aún se conserva *Rábida*; y en la época á que se refiere nuestra historia, la ocupaban los religiosos de San Francisco, y en sus altares recibía culto la Santísima Virgen de los Milagros.

Se dice que hay voces que despiertan en la mente del hombre un mundo de ideas; y la voz *Rábida* trae á la mente un mundo, pero no ideal, el *Mundo Nuevo*.

II.

Tres lustros no más faltaban para terminar el siglo XV; corria el mes de Julio del año de gracia de 1485.

La comunidad de religiosos franciscanos, que habitaba el pintoresco convento de Santa María de la Rábida, acababa de elegir Guardián, recayendo todos los votos en una de las más bellas figuras de nuestra patria historia: llamábase Fr. Juan Perez de Marchena.

Era este de virtud acrisolada y de saber profundo; tan estimado en la Corte como escondido en el retiro de la humilde celda.

Isabel la Católica, la muger Rey, la grande heroína de los mundos, le había escogido por confesor; pero el humilde franciscano no quería trocar los deleites que disfrutaba en el estudio de las ciencias por las congojas de la Corte; ni los consuelos de la oración, por los disgustos que proporcionan las camarillas palaciegas; y después de suplicar un día y otro día se le permitiese volver al retiro en su oculta soledad, lo alcanzó al fin de su egregia soberana, y la Rábida era el lugar de sus encantos.

La dignidad de Guardián, con que había sido honrado por sus cohermanos, servíale solo para dedicarse con más

libertad á la oración y al estudio; éste lo formaban las bellas letras, la astronomía y la geografía; pues los autores que de él se han ocupado le hacen no solo gran humanista, sino buen astrónomo y cosmógrafo.

En lo más alto del Convento, un mirador, que hasta hoy se conserva, servíale de observatorio astronómico; y en las claras noches del estío sumergía su alma en las profundidades del espacio sin límites que se extendía ante su vista.

Algún vago presentimiento sin duda, pero que le preocupaba sériamente, le hacia creer escuchar allá, lejos, entre las ondas indómitas del Océano tenebroso, confusas voces como de miles de pueblos que clamaban por asociarse al concierto de la humanidad, y la humanidad no los escuchaba; y luego, cuando en sus largas horas de oración su inflamado pecho, que era todo amor para Jesús, sentia, que si habia pueblos ignorados al otro lado de la muchedumbre de las aguas, esos pueblos no conocian al Redentor, y estaban sumergidos en la idolatría, sus congojas eran inmensas, sus angustias, sin fin, y pedía entonces á Jesús, de todas veras, que le enseñase el medio de evangelizar á aquellas gentes, y de hacer gustar el fruto bendito de la Redención á todos los infelices que vivian allí olvidados de los mortales.

Así se deslizaban los días de la existencia del padre Marchena; las únicas interrupciones que esta vida tenía, eran las salidas que solía hacer al vecino puerto de Palos, donde gustaba conferenciar con los marinos expertos, los consolaba en sus trabajos y aconsejaba en sus empresas, recibiendo en cambio torrentes de gratitud y cariño con que aquella gente le honraba: su nombre era conocido y bendito en todos aquellos contornos, como es conocida la virtud, bendita la caridad y venerado el hombre que las posee.

Sus presentimientos no le abandonaban nunca, y cuando escuchaba la narración de los grandes viajes de aquellos avezados pilotos, siempre tenía por objeto ver si descubría alguna noticia que le facilitase el conocimiento claro de aquel misterio que abrumaba su mente.

III.

Una noche, cuando con más fervoroso anhelo oraba, y con más devoción pedía el descubrimiento de los pueblos que consideraba ocultos, sucedió que su encendido amor á Jesús lo elevó en éxtasis divino; y abrazado á la Cruz, delante de la cual arrodillado estaba, bañaba con sus lágrimas el rostro del Divino Cordero, oyó una voz,

que sólo la pudo percibir su alma, pura como los ángeles, porque era una voz semejante á la de Jesús en Belén naciendo por los hombres, ó cuando, en el Calvario, moría por los mortales, que le decia: Ten ánimo; por tu mediación se descubrirán esos pueblos. — Yo seré bendito en ellos, y me aclamarán por su Dios. — Ha llegado el día de la Misericordia.»

Una luz esplendente siguió á la voz; la luz iluminó los mares, convirtiendo en claro día las tinieblas de la noche, y vió surgir del fondo de las aguas, y levantarse una sombra que presto se convirtió en figura varonil y magestuosa, en cuya frente brillaba el más grande astro de la gloria; y con una mano enarbolaba la Cruz, mientras que con la otra sacaba un mundo de los mares. Atónito el padre Marchena, no sabia explicarse lo que le pasaba; la figura de aquel hombre que veía, le tenia absorto; no cesaba de contemplarle para ver si le conocía, ó reconocerlo cuando le llegase á tener ante su vista.

De pronto se vuelve á escuchar la voz que dice: «Mi palabra se ha de cumplir.—Mi Evangelio se predicará en toda la tierra.—Tú serás el primero que en ese Nuevo Mundo me encarnarás por medio de la Santa Eucaristía, ofreciendo á Mi Padre celestial el augusto sacrificio de la Ley Nueva, que le recordará mi muerte en el Gólgota.»

Cuando la Comunidad, luego que fué de mañana, vino á la Iglesia, se encontró á su Guardián como muerto, tirado por el suelo, rígido y convulsamente agitado. Los buenos religiosos, con tierna solicitud, le llevaron á su lecho, le hicieron volver en sí, y al abrir sus ojos el padre Marchena, manifestó á los suyos el disgusto que le habia causado el que lo despertasen; nada les dijo de cuanto habia visto; pero se levantó, y no cesaba de andar de la Iglesia al observatorio y de este á la puerta del convento, deseando encontrar al hombre con quien habia soñado. ¿Pero era un sueño?

A veces se dirigia esta pregunta, que fué bien pronto contestada.

IV.

Era el mes de Agosto. El Sol dejaba sentir todo el calor sofocante de sus rayos en el estío, y la tierra se abria en profundas grietas, no pudiendo soportar su peso.

A la hora de la siesta, una voz ténue y desfallecida imploró la caridad á la puerta de la Rábida; un pobre, que sin duda habia andado las doce leguas que separan este lugar de la barra de Sanlúcar; porque tan cansado estaba, que no pudiéndose sostener de pié, se retiró á la

Cruz que delante del convento todavía se conserva, y se sentó en una de las gradas que le sirven de pedestal.

Allí le aguardaba un niño, lloroso y macilento, tan bonito y delicado como hambriento y rendido.

Las puertas del convento se abrieron de seguida, y el hermano portero, apenas comprendió la necesidad en que estaban los viajeros, les sacó bebida y les dió de comer; nada les preguntó, porque la caridad se complace en socorrer y no necesita conocer al socorrido.

El mendigo levantó sus ojos; se vió cobijado bajo el brazo de la Cruz; por sus mejillas rodó una lágrima que vino á caer sobre la frente de su hijo, mientras que recibía un beso paternal.

Mientras tanto, el padre Marchena aparece en el dintel de la puerta; era la centésima vez sin duda que se asomaba, y se inmutó á la vista de aquel pobre.

Eran la frente y la luz de sus ojos como la de la aparición milagrosa que habia tenido: es verdad que por el trage y falta de recursos, manifestaba aquel viajero ser un mendigo; ¿mas las riquezas no son de Dios? ¿Y para qué las necesitan sus escogidos, si Dios las tiene?

La modestia y magestuoso continente de aquel pobre quitaron toda duda al Guardián de ser aquel el hombre á quien buscaba, y si alguna le hubiese quedado, la desecharía luego que le escuchó.

Fr. Juan se acerca al pasajero, por su misma mano le introduce en el convento, lo lleva á su celda, acaricia al niño para atraerse las simpatías del padre, y pregunta á este el por qué de encontrarse allí: entonces supo que aquel infeliz, á quien el portero acababa de socorrer, traía la colosal empresa de dar un mundo á Castilla. Hablan, y aquellas almas se entienden; se miran y se comprenden con sus miradas; Marchena estrecha á Colón entre sus brazos: ya hemos pronunciado su nombre, se ha escapado de nuestra pluma; aquel viajero pobre, aquel mendigo es Cristóbal Colón, llevado por la Providencia á aquel monasterio, único punto donde podia encontrar quien le comprendiese. Allí colocado entre la tierra y los mares, aquel convento seria el lazo de unión de los dos mundos que pensaba reunir.

Un nuevo personaje se presenta en la celda; era el médico García Hernández, de Palos, quien participó también de la misma alegría que el Padre Marchena. Juntos examinaron el proyecto de Colón, que fué aceptado, y se resolvió que el Padre Guardián debia recomendar á Colón para que de seguida fuese presentado á los Reyes. El niño Diego quedaria con los frailes como hijo adoptivo de aquella casa.

CAPÍTULO II.

Córdoba.—Doña Beatriz Enriquez.—Un suceso inesperado y una presentación anslada.—El segundo matrimonio de Colón.

I.

Jardines pintorescos, hermosos y elevados edificios y mil torres que atrevidas se levantan al cielo, forman el conjunto que Córdoba presenta desde lejos.

Aparece además cual virgen hermosa, reclinada sobre la frondosa sierra, la más rica del mundo; los más brillantes astros derraman sobre ella sus fulgores: aun parece el edén donde moran las huríes.

El manso Betis, silencioso y mudo, para percibir mejor las suaves armonías de su cielo, besa sus piés; los verdes naranjales ostentan siempre sus dorados frutos; la rosa de Alejandría, las violas, tulipas y azucenas la regalan sin cesar sus hechizos, mientras que su cielo cubierto de escarlata, de oro y de zafir, la convierte en concha de nácares preciosos, donde se guardan las más preciadas perlas.

Córdoba es la ciudad de los ángeles de oro, de los grandes poetas, las musas nunca dejaron de habitarla; la ciudad de los grandes obispos y mártires; de los grandes filósofos y oradores; la ciudad de los alcázares y de los monasterios, de las ricas, cristalinas y dulces aguas; la sultana de Occidente, la gloria de Castilla, y el ornato, en fin, de España.

El viajero se desilusiona al penetrar luego por las revueltas y tortuosas calles de la ciudad morisca; pero cuando se trata y familiariza con sus habitantes, el entusiasmo acrece, y el vivir en Córdoba equivale á la estancia en el paraíso.

II.

En ella entonces vivía la poderosa reina de Castilla, Isabel la Católica, mujer augusta, que lo mismo guiaba á los suyos en los combates, que los acompañaba á las aulas á recibir las sublimes inspiraciones de la ciencia.

Solo la santidad es superior á Isabel. Ante ella se inclinan todas las demás grandezas, como las estrellas se oscurecen ante los rayos del sol. En Isabel encontramos las cualidades que enaltecen al hombre, y brillan con todo su fulgor los encantos, las virtudes y las gracias que resplandecen en la Mujer Fuerte de la Biblia.

Dios la habia escogido para realizar los más grandes hechos: la preeminencia de las razas latinas asegurada por la expulsion de la media luna que el Oriente sufre aún, el descubrimiento del Nuevo Mundo, y dilatar el reinado de la Cruz aquende y allende el mar.

Isabel la Católica era el hechizo de su pueblo, y en su afán de regenerar á Castilla, asáz corrompida por los calamitosos reinados de Juan II y Enrique IV, recogia las jóvenes de la principal nobleza, las llevaba á su lado y las aleccionaba en sus costumbres. Sus gabinetes se podrian llamar escuelas de virtudes.

Así en Córdoba tenia una preciosa niña, huérfana de padre y madre, que vivia sola con un hermano, y era vástago ilustre de antigua y noble prosapia.

Llamábase Beatriz, nombre que el Dante inmortalizó en su Comedia; pertenecia á las poderosas casas de los Enríquez y Aranas, era de singular hermosura y de un candor sólo comparable con su belleza. Diez y siete años no más contaba, y segun refieren viejas crónicas, sus ojos negros, grandes y rasgados se cubrian con unas pestañas que, al cerrar y abrir los párpados, semejaban las alas de los ángeles del edén; negras cejas y finísimo cabello, ondulante y blondo, circuian su nívea frente; sus labios finos y pequeños robaban la color de sus mejillas, como estas

la del carmin; de esbelto talle y elevado seno, airosas proporciones en todo su cuerpo, era Beatriz la más hermosa entre las hermosas, y tan bonita que no se la encontraba igual.

Isabel la Católica gustaba de su compañía, porque razonaba con juicio y tenia reflexion; á menudo paseaban juntas, y cuando estaban libres de la vista de los curiosos, iban del brazo unidas, cual tiernas amigas de la misma edad; pues el talento, que nivela las clases, iguala tambien las edades y crea simpatías que duran siempre.

A veces habian sido sorprendidas en sus vueltas por los jardines, por la respetuosa, pero fija mirada de un hombre que parecia quererlas hablar; un pobre de buena presencia, de elegante finura, que escudado por su acento de extranjero, se hacia sordo á cuantas razones le dirigian los guardias de que se retirase de ciertos sitios de los alrededores del Alcázar.

¿Quién será ese hombre? Habia preguntado más de una vez Isabel á Beatriz. Mucho me extraña su figura, contestaba la bella niña; en el templo siempre le veo; cuando Vuestra Alteza sale, se encuentra en el portal, y en la plaza del *Campo Santo* acecha de continuo las habitaciones del Alcázar; su nobleza le vende; bajo sus harapos se oculta mal lo distinguido que debe ser su linaje, y sus mi-

radas, su frente y su cabeza tienen un sello especial.

Mil cosas que de nuevo se presentaban á la vista, hacían olvidar á las ilustres damas el humilde pobre que parecía perseguirlas.

Este era Cristóbal Colón, el que llevaba en su mente un mundo y no tenía donde reclinar su cabeza.

III.

Habia ido á Córdoba con ánimo de empezar la realización de su proyecto. Demasiado conocía el héroe ilustre que nos ocupa, que no todos los hombres eran el P. Marchena; pero tantas habían sido las seguridades de este al darle cartas para Fr. Hernando de Talavera, de la Orden de los Jerónimos y Prior de Ntra. Sra. del Prado en Valladolid, que se presentó á él.

Fr. Hernando de Talavera, á pesar de sus altas dotes y virtudes, que todos le han reconocido, se engañó en el juicio que formó del más grande de los solicitantes; no comprendió la importancia del proyecto del insigne Náuta, y en adelante fué la rémora que el ilustre Colón encontró en su camino; pues lejos de presentarlo á los Reyes, le hacía consumirse en las antecámaras, y lo despedía con va-

nas promesas, sin dejarle vislumbrar ninguna luz en el porvenir.

Así las cosas, el consuelo de Colón era espiar de continuo los pasos de la Reina Isabel, por si alguna casualidad le presentaba ocasión de hablarla; pero todo en vano.

Una noche, afligida su alma, y combatido por los más negros presentimientos, abandona su lecho, y á deshoras se pasea por las calles de la ciudad; de pronto, al volver una esquina, siente ruido de armas y tres hombres que luchan; eran dos sicarios contra un noble caballero: saca su espada, y poniéndose del lado de la víctima, á los pocos momentos puso á sus enemigos en precipitada huida: ya era hora, pues el caballero sin fuerzas, y herido, no podia resistir más.

Era á quien acababa de proteger nuestro héroe, D. Rodrigo de Arana, del linage de una de las más antiguas casas de Córdoba, y hermano uterino de una de las más grandes hermosuras de aquella ciudad, Doña Beatriz Enríquez.

Colón vendar las heridas de su protegido, y cuando ya éste tranquilo pudo hablar, dijo, llorando, á su libertador: «Esos, de quienes me habeis librado, son asesinos, mandados por el Conde de *Peña de Oro*, á quien no he hecho otro daño que el poseer una hermana que es de he-

chizo y candor un portento, á quien el Conde no ha logrado enamorar, é intenta, el miserable, destruirme, para reducirla á ella por la violencia.» Colón manifestó sumo gusto en haber librado de la muerte á aquel caballero, y en haber impedido la ejecución de una infamia; se brindó á acompañar á su casa al de Arana, y éste, á su vez, le obligó á tomar posesión de ella, pues el heroico esfuerzo y nobles sentimientos que Colón acababa de manifestar, cautivaron muy mucho el corazón de D. Rodrigo, y quiso presentarlo á su familia; mas como la hora fuese intempestiva, difirió hasta el dia siguiente el gran Colón tan señalada dicha.

Cristóbal Colón fué presentado á Doña Beatriz Enríquez, dama hermosa y jóven, por su mismo hermano D. Rodrigo de Arana, y como libertador suyo. Tiernas frases de gratitud y miradas de simpatías recibió Colón de la ilustre dama; por parte de D. Rodrigo fué objeto de los más exquisitos cuidados, pues no le permitió salir más de su casa; le obligó á hospedarse en ella, y una vez enterado del objeto que llevaba á Córdoba, le prometió su valimiento, y la influencia de su hermana, hasta que realizase su empresa.

Colón apenas podia hacerse entender en nuestro idioma, por más que á su conversación prestaba mayor real-

ce la cadenciosa dulzura de su acento italiano; y cuando hablaba, daba á conocer su poderosa alma y la vasta extensión de su esclarecido y raro talento: dotes bastantes para cautivar el corazón de las mujeres que de noble alcurnia se precian.

¿Se interesaría el corazón de Beatriz inflamando el pecho de aquel noble pobre en las llamas del amor? Empero no adelantemos el discurso y sigamos el hilo de nuestra verídica historia.

Dos dias después, Isabel la Católica recibia en su presencia y escuchaba con agrado al inmortal marino, presentado por la bellísima Beatriz, quien de oirle referir los ideales que le embargaban, habia quedado tan convencida como Colón de la existencia del Nuevo Mundo; y este convencimiento lo llevó al pecho de la reina, con tal desenfado y soltura, que Isabel la dijo sonriendo:

—¿Parece que te interesas demasiado por ese extranjero?

—Más se interesará V. A. cuando le hable, contestaba ruborizada Beatriz.

—¿Pero tú no te interesas nada por él?

—¡Ah! sí, mucho: lo recomiendo á V. A. con toda mi alma; como salvó á mi hermano la vida, le viviré siempre agradecida.

Isabel la Católica pudo observar en la presencia del gran Colón las dotes que á este enaltecian y escuchar su proyecto, y entonces el Marino dejó traslucir algo de lo grande de su misión divina sobre la Tierra. La Reina queda fascinada ante los brillantes ideales de aquel génio. Isabel y Colón habian nacido para comprenderse; eran los dos grandes, los dos providenciales, los dos únicos en el Mundo; la una queria arrancar la media luna y establecer la Unidad Católica en la península española, mientras el otro intentaba dar á conocer el Cristo á un mundo que ignoraba su existencia. Isabel la Católica no repara en los trages humildes de aquel pobre, sino en los grandes vuelos de su génio. Ella misma sentia ya en su corazón las dulces y piadosas emociones del alma cristiana, cuando arranca las tinieblas de los que ignoran á Jesús. «Contad conmigo dijo á Colón; vuestro proyecto os engrandece y engrandecerá á todos los que os ayuden.» Mas apenas acababa de pronunciar estas palabras, aparece el Rey D. Fernando, que vino á ser negra sombra en medio de tan esplendente luz.

Aconsejó á la Reina que no resolviese por sí sobre asunto tan delicado; que consultase á los sabios y no expusiese la dignidad de su corona á los caprichos de un aventurero audáz.

El infierno no habia de vencer. España tenia una misión grande que realizar, la cual se le habia concedido en premio de sus altas virtudes heróicas y sublimes, la de conquistar un Nuevo Mundo para la Cruz, como habia conquistado palmo á palmo su suelo para la Cruz también; y por esto, como Colón era el hombre destinado por la Providencia para que ciñese á las sienes benditas de España tan inmortal diadema de gloria, no importa que se presenten obstáculos en su marcha; la Providencia los destruirá; mientras que España sea grande y digna, el cielo velará por ella.

Cuando D. Fernando habia acabado de manifestar su pensamiento, es anunciado á los monarcas el R. P. Fr. Diego de Deza, religioso domínico del convento de San Esteban de Salamanca; luego de recibido fué de nuevo consultado Colón por la Reina, y el domínico quedó altamente enamorado de las razones que escuchó del inmortal genovés; se adhiere á su pensamiento, y pudo cumplir con mucho gusto por parte suya los deseos de la Reina, de que protegiese á Colón y le hospedase en su convento de Salamanca, cuando allí fuese trasladada la Corte, en cuyo tiempo tendria lugar la reunión de los sabios que D. Fernando proponia.

IV.

Mientras Colón saboreaba los gratos placeres de una dulce esperanza, nueva y terrible lucha sufría en su corazón. Sentía dentro de sí un gozo especial; para él los campos eran más deliciosos que ántes, y los astros brillaban con más claro fulgor; los prados y las flores le embriagaban con sus aromas, y lo que su pecho gozaba no lo sabía explicar; había notado que el purísimo acento de Beatriz penetraba en su alma, haciéndole saltar de júbilo su pecho: que son grandes los misterios del amor y admirable el modo de cautivar los corazones.

A veces se hacía esta pregunta: ¿Amaré yo de nuevo? Cuando le contestaba la realización de su proyecto que era el ideal de su existencia y de todas sus aspiraciones, entonces se olvidaba de Beatriz; pero también la figura de esta le cautivaba, brindándole los castos goces del hogar: y ¿profanaré yo, decía entonces, la alta misión á que me creo llamado? A esto la contestación era fácil; que es Dios quien bendice el tálamo cristiano.

Así Colón reflexionaba, mientras Beatriz buscaba un medio pudoroso y digno que hiciese comprender á su huésped, que él era el objeto de su amor.

Así las cosas, una mañana al despuntar el día, cuando las flores rien y los pajarillos cantan, Colón se hallaba en el jardín. Beatriz, para quien era costumbre presidir por la mañana el despertar de las rosas, sorprendida al ver á Colón, y contemplándole triste y al parecer afligido, se acerca para preguntarle la causa de su pesar.

Colón no la habia visto, y al contemplarla tan bella entre mirtos y azahares, esplendente y pura, enriquecida con los encantos y las gracias de la naturaleza al despertar el alba, cae de hinojos en su presencia; y cogiéndola una mano «mi pena consiste, la dijo, en mi mayor felicidad; en que yo os amo, y siento ser rechazado por vos. Beatriz, aunque no le respondió palabra, dejó que el marino besara la mano que abandonada tenia entre las suyas.

Doña Beatriz Enríquez habia consultado á su corazón: ella amaba á aquel hombre, y conocia cuántos obstáculos se habian de oponer á su enlace.

Al mismo tiempo, para que Colón no sufriese ningún desaire, ella misma presentó á su hermano la cuestión; fué rechazada al principio, mas al fin logró que se la escuchase y dijo así:

«Yo amo á Colón; pero en este mi amor entra por mucho la gloria de mi patria. Tengo para mí que es un hombre grande, y que cuantos planes proyecta serán rea-

lidad. Tiene muchos enemigos; en la Corte se le acusa de visionario; se burlan de él y le llaman extranjero loco; tendrá que salir de España y enriquecer otra nación con los caudales de su talento y los frutos de su inspiración divina; y yo quiero que esto no suceda, y pretendo atarlo aquí con las cadenas de mi amor; yo endulzaré con mis ternuras sus penas y quebrantos; le haré olvidar cuantas horas amargas le hagan padecer; y por último, Rodrigo, nada tienes que objetar, si nuestra gran Reina aprueba nuestra unión.»

D. Rodrigo de Arana, sumergido en un profundo dolor, porque consideraba descabellado aquel enlace, nada replicó á su hermana; la dejaba en completa libertad, no atreviéndose tampoco á desaprobár lo que la Reina considerase como bueno.

Beatriz habia triunfado de un obstáculo; restábale otro aún mayor, triunfar de la Reina, y todo quedaba concluido: meditó el asunto y con ánimo resuelto emprendió su segunda campaña.

«Yo, señora, dijo á Isabel, soy perseguida por un hombre á quien aborrezco por su orgullo y liviandad; es el Conde de *Peña de Oro*; mi corazón se ha enamorado de Cristóbal Colón, y quiero casarme con él, para librar la vida de mi hermano, amenazada de continuo por el Con-

de. Ya recordará V. A. cuando, meses pasados, á no ser por los esfuerzos de Colón, hubiera sucumbido mi pobre hermano á la ira de aquel.»

«Además, quiero sujetar á Colón á nuestra España; mi alma me dice que es un héroe, y me temo que tenga que marchar á otros países, porque sus enemigos triunfen de él; para unirlo á España no tengo más que mi pobre corazón, y este lo doy gustosísima, y seré feliz uniéndome á ese hombre: sólo necesito vuestro régio beneplácito.»

Isabel besó la nívea frente de Beatriz; siempre la había admirado, pero desde aquel momento la veneró.

Algunos meses despues, en Noviembre de aquel año de 1486, se verificaba en la capilla del palacio de los Aranas, el matrimonio de D. Cristóbal Colón con Doña Beatriz Enríquez.



CAPÍTULO III.

La Atlántida. — Algunos antecedentes de la vida de Colón. — El talismán. — Profecía de Job sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo.

I.

En medio de las llanuras inmensas que hoy forman las aguas del Atlántico, se levantaban en otros tiempos vastas campiñas, frondosos bosques, donde árboles de mil clases brindaban al hombre sus frutos regalados.

En los aires, aves de colores preciosos, hoy desconocidos, deleitaban con sus trinos, más sonoros que la voz de las musas. Los habitantes de esta privilegiada región gozaban de todas las delicias de la naturaleza, de todas las alegrías de la vida, de toda la felicidad de la tierra, y eran envidiados de los demás pobladores del mundo, los cuales consideraban la bienaventurada inmortalidad en esa Atlántida sublime, en donde suponían existir los llamados Campos Elíseos.

Extendíase la Atlántida, desde las costas de España por el S. O., hasta el otro extremo del hoy Océano At-

lántico; y cuál sería la hermosura de esta antigua región, lo podemos ver en la hermosura y lozanía de los países limítrofes que existen. España, el país del oro y de la plata, de los climas suaves y de las brisas embalsamadas, y esto por el N. de la Atlántida; y por el Sur tenemos la tierra vírgen, hoy mal llamada América, vaporosa como las espumas de sus mares, ideal como las hadas de sus lagos, y al parecer formada de perlas como las cristalinas aguas de sus fuentes y golfos.

Los hijos de la Atlántida pecaron contra el cielo, y el Omnipotente los aplastó con el peso de su justicia, y en una noche terrible la Atlántida se hundió para siempre. Sus huertos regalados y las cimas de sus montañas, sus árboles deliciosos quedaron sepultados en el seno de su padre Atlante. Recuerdos de aquella noche se conservan en las rupturas del Calpe y del Abila, y también desaparecieron los eslabones de montes que unian el Asia con el Nuevo Mundo.

Aquella noche en que la voz de las cataratas del cielo resonó de un modo terrible sobre la anchurosa faz de la tierra, y mientras Atlante extendía sus brazos formidables, que son Océanos de agua, para sumergir la Atlántida, se escuchó la voz del Eterno, que era la voz que maldecía el crimen y castigaba el vicio, voz semejante al ru-

gir de la tempestad y de la tormenta, y como el grito de muchas aguas, cuando desde grande altura se precipitan en los abismos; además, entre relámpagos de fulgores siniestros y truenos continuados, y entre las agonías de miles de pueblos que se ocultaban para no aparecer jamás, el Altísimo manifestó su voluntad desde los cielos, y era esta:

«Que España sea quien en adelante ostente los primores riquísimos de mi Belleza.—Que perezca la Atlántida en castigo de su orgullo, prevaricaciones y lujurias; las aguas del Atlántico ocuparán su lugar, y los pueblos que viven al otro lado de ellas quedarán oscurecidos, olvidados, hasta que lleguen los días que Yo tengo señalados en el libro de la eternidad, y, entonces, cuando Cristobal, (el que porte á Cristo) lleve Mi Verbo por encima de estas aguas, que entonces vuelvan esos pueblos, que hoy no son sumergidos, al concierto universal.»

Dijo, y la voz de la tempestad resonó de un modo horrible; negra noche, parecida al caos, cubrió la tierra, los mares se levantaron sobre los más altos montes de los continentes; rechinaron los árboles cuando les faltó la tierra á sus piés; se escucharon los lamentos de mil pueblos, los gemidos de los hombres atronaron el espacio; se conmovieron los cimientos y fundamentos del Orbe, y en-

tre el fuego del cielo desapareció para siempre la bella Atlántida y sus Elíseos Campos.

Al S. de la Atlántida quedaron desde entonces miles de pueblos envueltos, si no en las profundidades de las aguas, en las oscuridades del olvido.

II.

Pasaron muchos siglos, llegó el año de 1435 de nuestra era.

El ángel de la Atlántida presidió en Génova, de Italia, el nacimiento de un niño, que recibió el nombre de Porta-Cristo (Christoforus); por su apellido se llamaba Colomba (Colombus) que se interpreta paloma, mensajera, anunciadora de la buena nueva. El escudo de armas de su familia, en otro tiempo poderosa y de la principal nobleza en Lombardía, ostentaba tres palomas de plata en campo azul.—Tres carabelas con sus velas blancas deslizándose veleras sobre la azulada superficie del mar.—El escudo tenía también el emblema de la justicia en la parte superior, símbolo altamente significativo de la rectitud y justicia del primer Apóstol del Nuevo-Mundo: por último, el escudo tenía esta divisa.—Fides-Spes-Charitas, que fueron las virtudes que acompañaron siempre al héroe inmortal.

tal que trasplantó la Cruz de Cristo al otro lado de los mares.

El espíritu del mal, temeroso de que fuese conocido el Verbo al otro lado de las aguas, y se le rindiesen las adoraciones que él recibía, suscitó tropiezos y luchas al hombre incomparable, elegido para resucitar los pueblos muertos en el Atlántico, y le hace sufrir toda suerte de insultos en Génova, su patria, y en Venecia; en Portugal apura Colón el cáliz del dolor, y cuando llega á España y el Dios de paz le extiende sus brazos y le reanima por medio de la esperanza, Colón tiene aún que sufrir las pruebas á que están sujetos los justos, escogidos para dar cumplimiento á los designios del Altísimo. Es verdad que Colón nunca desmaya; pero en su afán de dar cima á su prodigiosa empresa y en la duda de si será España la nación predilecta, pregonera del Altísimo, la quiere abandonar; pero en vano, porque así como Grecia informó la ciencia en la antigüedad y Roma fué la madre de los hombres por su religión, España será la madre del Nuevo-Mundo.

III.

Cuatro años trascurrieron después del matrimonio de Cristóbal Colón; durante ellos, el alma de aquel génio su-

frió congojas indecibles; porque tienen muchos días cuatro años para el hombre que espera la realización de un proyecto que absorbe todo su ser. Colón no vivía, vivía en él su idea, y ya tenía perdidas las esperanzas de que España la realizase, ocupada como estaba nuestra nación con la conquista de Granada, que *grano á grano* se tenía que comer, no podía escuchar al intrépido marino, que mucho tiempo hacia la estaba ofreciendo un mundo.

Fr. Hernando de Talavera, confesor de la Reina, y que merece toda la confianza de la Augusta Soberana, se le muestra contrario. Palaciegos y magnates, nobles y guerreros se le burlan, teniéndole por orgulloso, á él que no se desdeñó tomar las armas del último pechero y luchar como valiente en la conquista de Baza!

El espíritu de Colón no desfallece, levantada siempre su frente al cielo, de donde recibe su inspiración, es el héroe de la constancia y el génio de la paciencia.

Resuelve sin embargo salir de España, porque él se siente llamado para grandes cosas; su vocación conoce que es divina y no la quiere retardar.

Hay muchos seres que necesitan su concurso; la misma gloria de Dios está empeñada en su resolución. Él es un apóstol, los días de su existencia no le pertenecen, son de Dios, que le ha criado y dotado para altos fines.

Un día, mientras se celebraba la misa en el campamento cristiano bajo los muros de Granada, consulta con su Dios la conducta que debe seguir, recibiendo por toda respuesta, oscuridad, sequedad, aridez y silencio en la oración. Así abate el Señor á los que luego encumbra hasta el cielo. Colón entiende que Dios le queria decir, que sólo silencio y soledad recibiria en España, y al levantarse de la oración, emprende resuelto el camino de Francia, con cuyo Rey pensaba tratar la resolución de su empresa.

Mas antes quiere ver en Córdoba el nido casto de sus amores, y el gozo de Beatriz al verle entrar sólo puede compararse con la tristeza que le afligió luego que supo el intento de Colón de partir de España.

Era llegado el momento en que ella emplease todos sus recursos para detener á su esposo, y como toda mujer que ama domina con su cariño al objeto de su amor, y no hay corazón ninguno que se mantenga frio y duro ante la ternura de una esposa digna, así tampoco Colón pudo resistir á los deseos de su mujer.

Beatriz le habia enseñado un talismán; un pedazo de corazón del esposo, que ella poseia, y Colón no habia visto, porque éste, movido siempre por superior impulso, prestaba más atención á las altas ideas que le dominaban, que á las caricias de la esposa.

Colón tenía un hijo que no conocía, porque abandonó el tálamo conyugal para seguir á la Corte días después de su felicísimo enlace, y Beatriz introduce al esposo en su cámara secreta, y, descubriendo unas cortinas, no más blancas que sus manos, le enseña un niño hermoso, Fernando; el padre llora de alegría, y ya pocas reflexiones bastan para que no salga de España, donde tales prendas posee, y resuelve ir á la Rábida á que el virtuoso Padre Marchena le guie en el intrincado laberinto de su situación.

IV.

De nuevo penetra Colón por las puertas de la Rábida; pobre vuelve y afligido, á pesar de los años que han pasado, á refugiarse en los brazos del humilde franciscano, cual en el único puerto donde podia guarecerse.

Entristecido escucha Fr. Juan Perez el relato de sus infortunios; y cuando oye que quiso irse á Francia, «detente, le dice, que estoy yo aquí; y si los Reyes de España no te ayudan en la empresa, mi religión, aunque pobre, está extendida por toda la Tierra: el mundo es nuestro; pidiendo limosna, la religión franciscana te abrirá la puerta de los mares, y siempre será mi Rábida querida el si-

no donde empiece el descubrimiento á que estás llamado. Pero, ántes, yo mismo me presentaré á la Reina; que no decaiga tu espíritu, ten confianza en Dios; yo espero que pronto realizarás tus designios.»

Cuando Fr. Juan Perez trataba de estos asuntos, hablaba con la confianza y certeza del *vidente* ó *profeta*; él no podia dudar de la certeza de sus revelaciones. Sin acordarse siquiera de sus muchos años, y relegando al olvido sus achaques y dolores, montado en una mula prestada, se dirige á Santa Fé.

Mientras tanto Colón, retirado en su convento, disfrutaba la descansada vida del cláustro, dando rienda suelta á los sentimientos de su corazón. El estudio de las santas escrituras y de los santos padres le embargaba y absorbía por completo. Se dedica con singular placer á los profetas, y sobre todo, el libro de Job formaba sus delicias; en este libro admirable se extasiaba y recreaba. Job parece describir con caracteres claros y precisos el descubrimiento que Colón debia hacer y las riquezas asombrosas de aquellos paises.

He aquí las palabras de Job, traducidas en tercetos preciosos por el inmortal maestro Fr. Luis de Leon. Job cap. XXVIII.

Cuanto en tinieblas tiene asiento y cama,
la tiene por un tiempo; y finalmente,
por oscura que esté, levanta llama.

Que á la luz vendrá por tiempo aquella gente,
que la mar de nosotros dividia,
no vista ni pisada de viviente.

Y en tierra donde agora pan se cria,
saldrá volcán de fuego rebosando
humo, que espeso robe el claro día.

Sus piedras son zaphires relumbrando,
y la riqueza allí de asiento mora,
oro por el arena derramando.

No conoce su senda voladora
ave, ni peregrino y extranjero,
buitres no la faltaron hasta agora.

Ni con nave atrevida el trajine ro,
ni aquellos corazones más altivos,
ni á ella ha penetrado el leon fiero.

Mas sin embargo desto, sus esquivos
riscos serán por hombres trastornados,
rotos con mano osada sus estribos.

Y de sus ricos montes socavados
el hombre pertinaz con su osadía
agua saca y tesoros acendrados.

Y á lo que más del cielo se desvia,
á lo hondo del rio cala y llega,
y cuanto dentro encierra saca al día

Estos estudios enardecian más y más su alma, lo arro-
baban en deliciosos éxtasis y daba por bien empleados
cuantos trabajos hasta entonces habia sufrido, y solo de-
seaba ver la realización de su proyecto.

Todas estas riquezas *que Job habia profetizado* las

necesitaba Colón para realizar un otro proyecto ⁽¹⁾ que para después de los descubrimientos tenía pensado. Comprar el Sepulcro de Jesucristo, y si los turcos no lo querían vender, armar un poderoso ejército que lo conquistase para siempre. Así aquel hombre sólo abrigaba en su alma ideas grandes y tan atrevidas como santas.



(1) «Protesté á Vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalem, y Vuestras Altezas se rieron, y dijeron que les placia, y que sin esto tenían aquella ánsia.»

Diario de Colón, Miércoles 26 Diciembre 1492.

CAPÍTULO IV.

Santa Fé.—Leyenda de San Cristóbal.—Huida de Colón.—Capitulaciones.—El 3 de Agosto de 1492.

I.

Cuando Fr. Juan Perez de Marchena llegaba al campamento, que todavía conserva el nombre de Santa Fé, residencia entonces de Isabel la Católica, era de madrugada, y dirigia ésta una de aquellas maniobras tan sagaces como atrevidas en contra de los sitiados. Colocada aún sobre el montecillo, desde donde observaba el denuedo y valentía de los suyos, le llamó la atención uno de sus campeones, que con un cartel en la mano se dirigia á la ciudad, colocándose bajo los mismos muros, sin temor á la metralla agarena que quería cobrarle caro su arrojo; el cristiano clavó el cartel en la misma muralla y se retiró tan tranquilo, mientras sus hermanos le saludaban con una explosión de aplausos. El cartel llevaba escrito el nombre sacrosanto de la Virgen María.

Momentos después se reunían los cristianos todos que formaban el campamento en derredor del sacerdote que iba á ofrecer por ellos el Incruento Sacrificio: la Reina tenía la costumbre de ser la primera que se arrodillaba ante el altar, y cuando aquel día observó quién era el sacerdote celebrante, tuvo que ahogar un grito en su pecho, pues era Fr. Juan Perez de Marchena, el amigo íntimo de aquel viejo marino que se había ausentado del campamento, y sentía, que desde que no la importunaba con sus pretensiones, le faltaba algo á su corazón.

Cuando terminada la misa se retiraba á su tienda, dió la órden de que al momento se la presentase el P. Marchena.

Interrogado éste por el objeto de su visita, empezó á llenar su cometido, sin más preámbulo, de la siguiente manera: «Señora, cuanto se trabaja por la gloria de Dios redundará siempre en provecho nuestro.»

«Vuestra Alteza está bendita por el Señor, por el empeño que teneis en extender su santo nombre. El Altísimo quiere manifestaros su poder y os escoge para que realiceis la más grande obra que han conocido los hombres; sereis la reina de mundos desconocidos, y el astro hermosísimo del día alumbrará sin cesar los dominios sujetos á vuestro mando. Esta es la voluntad de Dios, y el encar-

gado de ceñiros tan esplendente corona es Cristóbal Colón.»

El franciscano calló. Isabel la Católica meditaba, en aquel momento venian á su mente las palabras que escuchó á Beatriz en Córdoba, y despues de breves instantes, levanta su hermosa frente y pregunta al franciscano: ¿Tan portentoso es el destino de ese hombre? ¿Y para tan grandes cosas ha sido elegido?

«Cuanto os diga en esto es poco, Señora, contestó el interpelado, y sólo se puede tener una idea de su importante misión, conociendo las altas virtudes que le adornan; teniendo en cuenta que él es tan desinteresado que no busca ni su misma gloria, sino la gloria del Señor; y Dios en pago hará su nombre grande entre todas las gentes; porque escrito está: *al que busca la gloria de Dios, cuanto exista se le dará por añadidura; y el que busca su propia gloria, sólo encontrará escarnio y confusion.*»

Apenas entiendo, dijo Isabel, por más que conozco que ese hombre es grande.

Oid Señora, dijo el fraile, os diré algo de lo mucho que os pudiera revelar:

II.

«Su mismo nombre es profético; una multitud de circunstancias acreditan que fué inventado para que él lo llevase, y que el Cielo mismo se lo impuso como el nombre de Juan al hijo de Zacarías, y el de Pedro á Simon.

San Cristóbal, el mártir asirio, jamás estuvo á la orilla de los rios para el servicio de los pasajeros, según se le pinta. Según las actas de su martirio fué un gigante, un atleta que se propuso servir al Rey más poderoso del mundo, haciendo largos viajes hasta encontrarlo. Se le dió á conocer á Cristo, recibió el bautismo y predicó á Jesús por varios países; pero siempre por tierra, hasta que selló con su sangre la doctrina que enseñaba. Ahora bien; ¿por qué no se pinta á este mártir con las insignias de su martirio ó de su apostolado? Siempre lo representan de hercúlea talla, enmedio de los mares; y las aguas no le cubren, con Jesús Niño sobre sus hombros; un corpulento árbol en las manos; este árbol con raices y con frutos, cual si pretendiera plantarlo de nuevo allende el mar, cuando llegase á la opuesta orilla; esta manera de pintar á San Cristóbal la aprendimos de Oriente, y la razón de hacerlo así no es otra que una profecía admirable, he-

cha por el mártir en el momento mismo en que se abrían á su vista los alcázares de la gloria, y descendían los ángeles con las coronas del laurel inmortal. El mártir dijo que llegaría un día en que un hombre llevaría á Cristo al otro lado de los mares.»

«De aquí viene la costumbre de los pueblos cristianos, tanto de Oriente como de Occidente, de pintar al mártir en la actitud del hombre futuro, y al divino Niño que ponen en sus hombros con la esfera en la mano. El mundo se ha de completar con este acontecimiento.»

«Y creedlo, augusta Reina de Castilla; Colón, cuando lleve la Cruz de Cristo y su divino nombre á los seres que viven allende los mares, es la realidad de la figura que representa San Cristóbal.»

Por nuestra parte nada podemos añadir á lo manifestado por el venerable Guardián de la Rábida, sino que los pueblos marítimos se distinguieron siempre por la devoción especial á San Cristóbal.

En España son numerosísimas las imágenes de este santo, que por todas partes se encuentran; las catedrales las tienen en sus elevados muros, y en los pueblos ribereños apenas hay uno donde no tenga un altar.

Esta misma idea, manifestada por el P. Marchena, presidiría sin duda la formación de un precioso mapa dibu-

jado por Juan de la Cosa en el Puerto de Santa María en 1500. En este mapa, en lugar de nombrar al vencedor del mar tenebroso, se pintó la figura simbólica del Santo que lleva al Cristo á través del mar. En dicha efigie se procuró estampar la fisonomía de Cristóbal Colón. Empero sigamos nuestro asunto.

Isabel la Católica, tan luego como escuchó las reflexiones del P. Marchena, se avergonzó de sí misma y se propuso reparar la falta que hasta entonces suponía haber cometido, no prestando á Colón todo su eficaz valimiento; suplicó al P. Marchena le hiciese venir de seguida, y dió también órdenes para que le facilitasen lo necesario para el viaje; ella misma llamó á Alonso Quintanilla, amigo íntimo de Colón, para que le preparase su alojamiento.

El P. Marchena, henchido de gozo, se despidió de la Reina, y empezó á dar cumplimiento á cuanto se le había ordenado.

III.

De nuevo Colón siente plácida alegría y sale de la Rábida radiante de felicidad. La Rábida era el manantial de sus esperanzas y la fuente de donde brotaban todos sus consuelos.

Apenas llegó á Santa Fé contempló el triunfo de las armas cristianas sobre la Media Luna y presenció la entrada triunfante en la Ciudad de los augustos Reyes y sus ejércitos vencedores.

Casi en los mismos dias de regocijos se reunió una Junta, presidida por Fr. Hernando de Talavera, acabado de elegir Arzobispo de Granada. Colón fué interrogado por ella sobre la recompensa que queria, una vez que fuese feliz el resultado de sus descubrimientos.

Colón se presenta ante la Junta; ya no aparece ni pobre ni solicitante, sino más bien un Rey; pide recompensas régias, porque él no dará á los Reyes coronas solas, sino un mundo entero, y por esto quiere ser:

Gobernador general de las islas y tierras firmes que se descubrieran.

Gran Almirante del mar Océano.

Sus dignidades se transmitirían hereditariamente en su familia por derecho de primogenitura.

Recibiría régiamente el diezmo de todas las riquezas, perlas, diamantes, oro, plata, aromas, especias, frutos y productos cualesquiera descubiertos ó exportados de las regiones sometidas á su autoridad.

Los de la Junta se asustaron. Si no eran mezquinos, se empeñaban tanto en parecerlo, que la historia no tiene

otra calificación que darles. Si Colón era un visionario, ¿por qué se asustaban de sus pretensiones? Se convertirían en quimeras, como los que llamaban sus ensueños.

Parece que lo que sentían era que fuese verdad cuanto Colón decía, y que este extranjero se levantase tanto sobre ellos.

Porque todo lo que Colón pedía era futuro y condicional para cuando se descubriesen las grandes cosas que decía; y si para entonces pedía mucho, muchísimo más regalaba.

Pero ninguno se hizo estas reflexiones. Las condiciones de Colón ni se discutieron siquiera; se desecharon tan luego como fueron expuestas.

La amargura vuelve á cubrir el alma del inmortal marino; se necesitaba ser él para poder sufrir tanto; resolvió marcharse; no lo quiso comunicar ni á sus amigos, y á deshora abandona el campamento y se dirige á Francia; pero su huida no se ha escapado al buen Alonso de Quintanilla, quien en el mismo instante reunió á su íntimo amigo Luis de Santángel y al P. Marchena para contarles lo que sucedía, y de común acuerdo esperaron llegase la hora de presentarse á la Reina.

Cuando estuvieron ante Isabel, las lágrimas de sus ojos y la tristeza de sus semblantes manifestaban el pesar de sus almas.

La manifestaron que Colón se había ido, y que era, según ellos, el astro radiante mensajero de glorias y grandezas para España, y que al marcharse se había eclipsado para nuestra nación.

La manifestaron que la causa de aquella marcha era el haber sido desechadas sus pretensiones por la Junta, y que también se le había dado por excusa la penuria del Tesoro, después de la sangrienta guerra de Granada.

Aquí es donde quisiéramos presentar la admirable figura de Isabel la Católica, de la manera como se levanta por encima de todas las miras raquílicas; y dejándose llevar de los impulsos de su corazón, pronuncia en aquel momento solemne y decisivo las palabras inmortales que la historia conserva hasta nuestros días, y que resonarán siempre en los oídos de la humanidad, levantando torrentes de admiración y de respeto en todos los corazones para aquella mujer que supo ser tan grande como el hombre más grande de los siglos. «Yo entro, dijo, en la empresa, por mi corona de Castilla; que no se pongan más obstáculos á esa empresa, yo concedo á Colón cuanto ha pedido; si no hay dinero, ahí están mis joyas, que se vendan; ántes quiero gloria que joyas!»

El 17 de Abril de 1492 se firmaron por los Reyes en la ciudad de Santa Fé los artículos del tratado redactado

bajo el nombre de Capitulación por el Secretario del Consejo privado Juan Coloma.

IV.

El puerto de Palos fué el elegido para dar principio á la colosal empresa de Colón; la alegría de éste al caminar hácia la Rábida en compañía de su amigo el venerable P. Marchena, debía bien pronto convertirse en tristeza, porque si hasta entonces habia luchado con la ignorancia y el orgullo de los grandes, restábale que vencer la rudeza y prejuicios de la plebe. El mar Tenebroso era el asiento de todos los monstruos que se podian imaginar, según las creencias del pueblo; ninguno habia sobrevivido después de penetrar en sus aguas.

Los mismos árabes en sus confusas crónicas, por medio de geroglíficos, daban á entender todo el horror que les causaba el solo nombre del mar Tenebroso.

Por esto, decir á las mujeres de Palos que sus esposos tenian que acompañar á Colón en sus expediciones, equivalia para ellas á tanto como á ver firmadas sus patentes de viudas.

Las autoridades de Palos acogieron con respeto las disposiciones de los Monarcas y prometieron aprontar las

carabelas⁽¹⁾ que se pedían; pero estas no se veían por ningún lado. No se encontraba en aquel puerto ni marineros, ni barcos, ni trabajadores, ni nadie, en fin, que pudiese ayudar á Colón.

La historia en este punto es demasiado asombrosa; llana y sencillamente explanada, reviste los caracteres de la leyenda más original; porque el pueblo empleó contra Colón todos los recursos de su exaltada fantasía, y nos declaramos vencidos, si hemos de dar á la relación de estos hechos colores más vivos de los que en sí tienen.

Se necesitó para vencer las preocupaciones de aquellos sencillos marineros toda la influencia que los religiosos franciscanos tienen con el pueblo. El P. Marchena dirigió sus tiros á conquistar para Colón la amistad de una familia poderosa. ¡Lástima grande que luego Martin Alonso Pinzón manchase la gloria de su nombre con actos de mezquina ruindad!

El Sr. Martin Alonso Pinzón se puso al frente de los preparativos del viaje, y éste quedó señalado para el día 3 de Agosto.

Eran las dos de la madrugada; el corazón de Colón

(1) Los habitantes de Palos se hallaban obligados, por conmutación de multas, á suministrar gratuitamente á la corona, durante un año, dos carabelas armadas y tripuladas: se les mandó terminantemente que, dentro del plazo de diez días, las pusieran á las órdenes de Cristóbal Colón.

saltaba de alegría; Fr. Juan Perez de Marchena apenas podia contener el suyo que rebosaba de júbilo y placer; se iban á despedir; la tripulación estaba embarcada en las tres carabelas preparadas al efecto; La Pinta, Niña y Santa María de la Concepción. La tarde anterior el pueblo de Palos y multitud de vecinos de los inmediatos habian ido en solemne procesión de rogativa ante la Virgen de los Milagros en Santa María de la Rábida. Colón quiso pasar la noche ante su altar, ⁽¹⁾ de madrugada confesó; y cuando el sacerdote levantaba sus manos para absolverlo, una luz resplandeciente y bella inundó la Iglesia, y el Angel del Señor vino á posarse sobre aquella frente, de la que pronto brotaria un mundo.

Anegado Colón en dulces lágrimas, derramando su alma en presencia del Eterno, oye con fervor la santa misa que el P. Marchena en el altar de la Virgen decia: las oraciones de Colón y del religioso unidas suben al Edén del cielo, cual pirámides de incienso entrelazadas se levantan cubriendo el rico altar; cuando llega la hora de la Comunión, y el sacerdote le presenta la sagrada Hostia, Colón clava su cabeza en la tierra; ante su Dios se considera gusano miserable; él, cuya frente ciñe con coro-

(1) Y después se fué Colón al mismo monasterio, y estuvo con el fraile comunicando su viaje y ordenando su alma y vida, y apercibiéndose primeramente con Dios.—OVIEDO. *Historia natural de las Indias*, lib. II, cap. V, fol. C.

na superior á la de las potestades del mundo; las imágenes de los santos repartidas por los ámbitos del templo, pretenden arrodillarse en sus nichos, y Colón levanta su frente y con humildad extrema y devoción profunda recibe el manjar celestial,⁽¹⁾ mientras humedece con sus lágrimas la mano de quien se lo presenta.

Lágrimas derraman Colón y Marchena ante el altar de la Virgen pura, en el momento solemne en que van á separarse acaso para no volverse á ver, y en éxtasis arrojadas sus almas se confunden, mientras la Virgen madre derrama en el pecho de Colón el néctar delicioso que vigorizó los brazos guerreros; le hizo aspirar para darle fortaleza los aromas que se desprenden de la sangre de los mártires que en el circo vencieron las legiones de Luzbel, y que los ángeles guardan en redomas de oro y de zafiro; también colocó sobre su frente un astro del cielo, el cual brillaría de un modo singular cuando los hombres maquinasen algo contra él, y al verlo caerían de rodillas en su presencia.

Colón divisa en sueños la Virgen bienhechora que tantas ricas gracias derramaba sobre su alma, y cuando quiere besar su manto, la visión desaparece.

(1) *Recibió el Santísimo Sacramento de la Eucaristía el día mismo que entró en la mar.*—*Oviedo*, lugar citado.

Colón antes de salir del templo quiere hacer un solemne juramento, testimonio de gratitud, homenaje de profundísimo respeto, y, postrado ante el altar de la Virgen, exclamó así aquel genio ya inmortal. «Virgen mía, siempre fuí tuyo y jamás de mi alma tu rostro se borró; tu nombre venerando está esculpido en mi pecho; la popa de mi buque lo ostenta también, y en la bandera hermosa que rizará el Océano, tu imagen esplendorosa campea en ella; deja Madre que la lleve al otro lado de los mares para que todos los hombres se embriaguen con tu amor; si tal dicha me concedes, purísima madre mía, el mundo que yo descubra lo dedicaré á tu gloria, y aquí mismo, ante este altar, he de venir á ofrecerte las primicias de mis conquistas.»

La venerable Comunidad de la Rábida inviste á Colón en aquel momento el hábito de San Francisco, haciéndole religioso de la Orden Tercera.

Lloroso se despide Colón de sus hermanos, y acompañado del P. Marchena se dirigen hácia el puerto de Palos, donde se presenta ante sus ojos una escena capaz de intimidar el más esforzado corazón. El pueblo apiñado en su muelle contempla las naves que pronto se han de deslizar por la superficie del agua en busca de lo desconocido, naves venturosas que llevan en su seno los cam-

peones más valientes que hasta entonces atravesaron las aguas; armada verdaderamente invencible, pues salió victoriosa de los monstruos de la fantasía popular y de las borrascas del Atlántico. Las esposas, madres é hijos de aquellos intrépidos marinos olvidan el honor y la gloria á que se harán merecedores, y sólo se acuerdan de los peligros de los mares, lo cercana que tendrán la muerte, y de ninguna manera los quieren dejar ir. Se necesita la persuasiva elocuencia del gran franciscano Fr. Juan Perez para acallar los gritos de la multitud y consolar aquellos corazones. Restablecido el silencio y colocado el P. Marchena desde donde habia dirigido su palabra al pueblo, estando todos arrodillados á sus piés, levanta sus manos al cielo, y en nombre del Señor bendijo la tripulación y las naves: en el mismo instante se escucha la voz potente de Colón que dijo: «En nombre de Jesucristo;»⁽¹⁾ y las carabelas se pusieron en movimiento.

Era el Viernes 3 de Agosto de 1492.

(1) «Y en el nombre de Jesús mandó desplegar las velas.» — *Oviedo*, lugar citado.

CONCLUSIÓN.

Hay situaciones en la vida del hombre imposibles de describir, como sentimientos en el alma humana imposibles de expresar. Los momentos supremos de la vida de los héroes son tan grandiosos, que la manera única de contemplarlos es cayendo de rodillas, como se arrodilla el alma cuando contempla lo sublime.

Pues bien, el momento más grande y más sublime entre todos los momentos de la vida de los hombres, fué aquel en que se pronunció el grito de *¡¡Tierra!!* que equivale al grito de gloria que los espíritus repiten ante el sólio del Criador.

¡¡Tierra!! Este grito significa el cielo, después de vivir en los horrorosos abismos del infierno; significa la vida, después de haber estado entre las negras corrupciones del sepulcro. Cuando Colón no podía sujetar ya más tiempo la tripulación á su obediencia, cuando iban á obligarle á volverse atrás, cuando hasta su vida peligraba, el

grito de ¡¡*Tierra!!* brotó de su pecho, y fué más prodigioso que el grito de Moisés al herir la peña de Oreb en el desierto, porque devolvió la vida á aquellos marinos que soñaban con la muerte, y á su alma la dió cuanto había deseado durante toda su existencia.

El grito de ¡¡*Tierra!!* resuena en el Nuevo Mundo como el *Fiat* del Altísimo en el Génesis de la Creación, y el estampido del cañón que acompañó á aquel grito, fué el *surgite* que dirigia á aquellos pueblos el enviado del Altísimo.

Tan grande acontecimiento tenia que verificarse en un día célebre para los españoles; y el 12 de Octubre, día bendito, porque se celebra el Pilar de la Santísima Virgen en Zaragoza, fué el señalado por la Providencia para premiar la virtud y el esfuerzo de los españoles, por haber luchado por espacio de ocho siglos en defensa de la Cruz.

En este instante es cuando debemos contemplar á Colón. La tripulación ha caido toda á sus piés; le ha reconocido como inmortal, le ha pedido perdón de los insultos que hasta entonces le prodigara.

El Almirante de los mares vestido de púrpura y sosteniendo en su diestra el lábaro de la Redención, rebosando de júbilo su pecho y de felicidad su alma, y seguido

de cuantos le acompañaban, salta á tierra ⁽¹⁾ donde clava la Cruz, y puesto de rodillas rinde gracias al Señor y declara que toma posesión de aquellos países en nombre de España y para la Santa Cruz, y por esto se llamó aquel mundo *Terra Sanctæ Crucis*.

La oración de Colón al Altísimo cuando tomó posesión de aquellos países, fué repetida por orden de los Reyes de España en los descubrimientos posteriores, y dice así: «Señor, Dios eterno y omnipotente, que por tu Verbo sagrado criaste el firmamento y la tierra y el mar! ¡Bendito y glorificado sea tu nombre en todas partes; sea ensalzada tu Magestad, que se dignó permitir que por tu humilde siervo sea conocido y predicado tu sagrado nombre en esta otra parte del mundo.»

Allí se implantó la Cruz de Cristo, y el Catolicismo civilizó de tal manera aquellos pueblos, que no necesitaron de la experiencia de la Edad Antigua ni del hierro de la Edad Media, sino que pujante, floreciente y hermosa empieza entre ellos la Edad Moderna, como la edad viril empezó en el hombre al salir de las manos del Criador.

(1) Saltó á tierra en la isla cuyo nombre primitivo era *Guanaharí* y Cristóbal Colón le cambió este nombre en el de San Salvador; pero la bíblica Inglaterra la ha rebautizado con el de *Cat-Island*, Isla del Gato.